

pié sobre su seriedad y su carácter didáctico. Los magistrados coincidieron con la opinión del denunciante y, el 11 de agosto, la película fue confiscada por la policía.

De haber triunfado la recomendación de la concejal Wistrich, los particulares hubieran seguido disfrutando, desde luego, del derecho a acudir a los tribunales; el BBFC hubiera seguido ejerciendo su función clasificadora y cortando y rechazando películas; pero, al desaparecer el único organismo con poder legal de censura —la junta supervisora municipal— nadie hubiera podido impedir, sin el engorro que significa la iniciación de un proceso judicial, la proyección en cualquier cine de cualquier película de las películas rechazadas, o la proyección sin cortes de una cinta previamente cortada por el BBFC, o cortos como los que se proyectan en algunos cine-clubs privados de Londres, cuyo único fin es mostrar, sin argumento alguno, escenas de desviaciones sexuales.

Decía al principio que las ventajas de suprimirse la censura para el verdadero aficionado al cine hubieran sido mínimas. A nadie en su sano juicio le puede apetecer ver ciertas películas «porno». Si acaso, verlas una vez para satisfacer ese morbo que, en mayor o menor medida, todos llevamos dentro. Pero, visto una, como reza el dicho, vistas todas. Por lo tanto, nadie saldría ganando con que se proyectasen semana tras semana en cines abiertos al público.

El único aspecto verdaderamente positivo que se conseguiría con su proyección en público — y esto ha ocurrido ya en Dinamarca— es que la gente se aburriría de ellas y, al cabo de un tiempo, quedarían relegadas a unos cuantos cines para alimentar el hambre de los turistas y paletos de provincia insatisfechos. En cuanto a los cortes, en la actualidad, estos son pequeños y en las películas de reconocido mérito artístico (el caso de la escena de la «mantequilla» en el «Último tango») se reducen a un mínimo, lo que, claro está, no quiere decir que, a veces, los cortes no desfiguren un argumento.

La faceta más siniestra de esta controversia acerca de la censura, que sigue hoy haciendo correr bastante tinta en la prensa, es el papel desempeñado en ella por los varios grupos de presión que han venido creándose alrededor de la señora Mary Whitehouse, uno de los personajes más nefastos y más peligrosos para el futuro de la libertad de expresión en Gran Bretaña.

Ex directora de una escuela secundaria y defensora encarnizada de los privilegios de la clase media, la cultura media y la moral media, Mary Whitehouse se hizo famosa hace unos años al crear una asociación de oyentes y televidentes con el propósito de «limpiar» la televisión, que, de por sí, funciona ya con una buena dosis de autocensura, de este medio de difusión introduce todas las «porquerías eróticas» que «insidiosamente» en los hogares británicos. El éxito inicial de su campaña y el apoyo que inmediatamen-

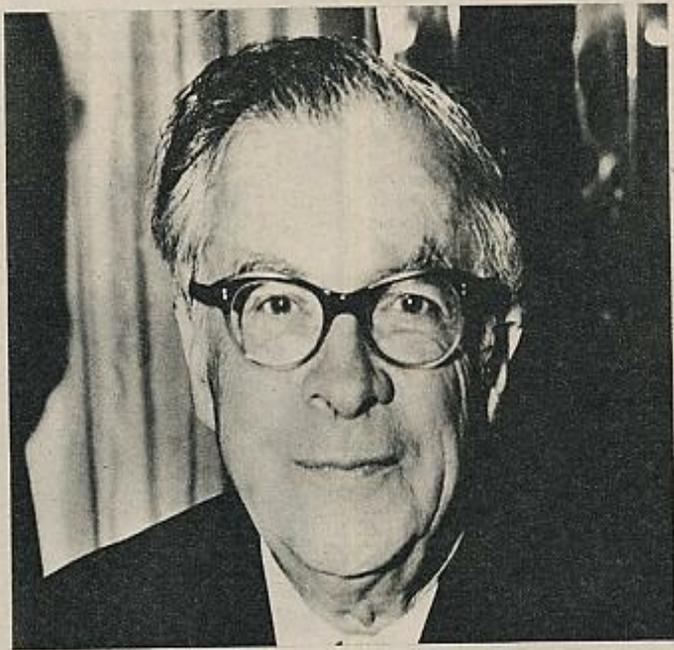
te le prestaron las personalidades más reaccionarias del mundo de las artes, las letras y la política hicieron que la ex maestra se otorgara a sí misma el título de paladín de la «mayoría silenciosa». A partir de ese momento, sus actividades se extendieron a los campos más diversos, prestando su apoyo moral a las campañas para la reintroducción de la pena de muerte, interviniendo en contra de los mineros cuando éstos declararon la huelga que dio al traste con el gobierno de Heath, haciendo causa común discreta, pero firmemente, con los coroneles y generales retirados que empezaron a organizar ejércitos secretos para «salvar» a Gran Bretaña del «caos» y, en general, asociándose con los ele-

mentos más deplorables de una sociedad, como la británica, que, mal que bien, ha logrado mantener la libertad de expresión a un nivel más o menos decoroso.

Fue, como ya habrá adivinado el lector, Mary Whitehouse quien organizó la campaña más furibunda contra la recomendación presentada por la señora Wistrich al Concejo del Gran Londres. El día de la votación, niños y amas de casa, traídos por las varias organizaciones que controla la defensora de la «mayoría silenciosa», se arrojaron frente al edificio de la municipalidad londinense para rezar, ante los fotógrafos, por la derrota de la señora Wistrich. Y, pese al apoyo que ésta recibió de John Trevelyan, ex direc-

tor del BBFC, de un grupo de importantes diputados laboristas y de las figuras más destacadas del teatro, del cine y de la literatura, Mary Whitehouse y su «mayoría silenciosa» se salieron con la suya.

Mrs. Wistrich tuvo, por lo menos, la posibilidad de desahogarse, renunciando a su cargo de presidente de la Junta Supervisora de Películas. A los demás sólo nos queda el recurso del pataleo. Un pataleo provocado, no tanto por la continuación de la censura cinematográfica, al menos durante los próximos doce meses, como por la sensación de impotencia con que nos ha dejado la victoria descarada de las huestes retrógradas que encabeza Mary Whitehouse. ■ EDUARDO DE BENITO.



EL ÚLTIMO POSITIVISTA

Ha muerto Sir Julian Huxley

● El «invernadero» de Bloomsbury (el barrio intelectual de Londres) produce cuidados frutos humanos, cruces selectos de razas pensantes. La cepa de los Russell, la cepa de los Huxley. Sir Julian Huxley, que acaba de morir, era uno de los finos espíritus de Bloomsbury: hijo del ensayista Leonard, nieto del biólogo Thomas —que se llamaba a sí mismo «el bulldog de Darwin», por la fiera y la fidelidad con que se sumó y defendió las teorías de la evolución de su coetáneo: también la genealogía de los Darwin (Charles Robert, su padre Robert W.; sus hijos, sir George Howard, Charles Galton, sir Francis, Leonard, sir Horace) es del «invernadero» de Bloomsbury—, hermano del novelista Aldous —nostálgico

de la ciencia de su familia, en la que finalmente quiso inscribirse por sus experiencias con la mezcalina y otros alucinógenos—.

Sir Julian fue biólogo, zoólogo, en forma tal que sus investigaciones las transportaba siempre a la meditación sobre el hombre, su origen y su destino. Quizá pecó de lo que los científicos puros llaman ahora, con desdén, biologismo, pero que para los nuevos humanistas dista mucho de ser un verdadero pecado, sino una legítima contribución al conocimiento del hombre. Al principio de los años treinta —esto es, entre sus cuarenta y algo y cincuenta y tantos años: había nacido en junio de 1887—, publicó los libros que serían la base de su doctrina: los «Ensayos de un biólogo» la «Religión

sin revelación», «Investigación científica y necesidades sociales», bases que estarían mantenidas, con las correcciones dadas por los más recientes descubrimientos, en sus «Memorias», publicadas en 1970, y que son su último libro (continuará después escribiendo algún artículo y manteniendo posiciones políticas, como la reciente defensa de Israel a permanecer dentro de la Unesco, dos meses antes de morir: Sir Julian Huxley había ayudado muy personalmente a la creación de la Unesco, y fue su primer director). Una base firme de su pensamiento es la de que «el destino del hombre se centra en que un máximo de individuos conozca un máximo de bienestar», y «éste debe ser el único objetivo de todos nosotros» y, desde luego, el de la ciencia, que debe ser utilizada de manera que sirva para llenar el máximo de las necesidades del hombre. Su concepto de la ciencia era el de una religión, frente a las religiones reveladas y el deísmo: un espíritu religioso puede producirse sin necesidad de misticismo o de creencia en lo sobrenatural, entendiendo la religión en el sentido más amplio, en el de «la relación total entre el hombre y su destino», en «su sentido de lo que es sagrado». Como Russell, era un gran santón laico, de profundas bases éticas y morales, como una excrecencia del positivismo de Augusto Comte, del siglo XIX, en el que realmente había nacido y sido educado, y había dejado profundas y ricas huellas en su mente.

Sir Julian Huxley ha sido una de las grandes conciencias de nuestro tiempo, quizá una de las últimas. Sin la tremenda vitalidad y fogosidad de Russell, con un espíritu más lento y más moderado, ha contribuido a la formación de generaciones valiosas en sus muchos años de enseñanza en el mismo Oxford, donde estudió —después de Eton— y en los Estados Unidos. Su idea básica de que «el hombre es el único agente del posterior desarrollo evolutivo en nuestro planeta» está totalmente presente hoy en aquellos que se preocupan seriamente por la ecología. ■ PABLO BERBEN.